EL TEATRO

JACINTO BENAVENTE

La Otra honra



50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 13 MARZO 1926 NÚM. 24

Jacinto Benavente.

LA OTRA HONRA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Lara,
de Madrid,
el 19 de septiembre de 1924.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

FANTASMAS

POR

Manuel Linares Rivas.

PORTADA DE

ARISTO TÉLLEZ

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

A Lola Membrives, con la admiración y el cariño de

Jacinto Benavente.

Conste mi gratitud a todos los actores que han estrenado esta comedia, avalorada por su inteligente interpretación.



LOLA MEMBRIVES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Julia...	*Lola Membrives.*
Carmen...	*Carmen Blázquez.*
Doña Vicenta...	*Amparo Astort.*
Víctor...	*Manuel Soto.*
Manuel...	*Fernando Montenegro.*
Carlos...	*Francisco G. Pereda.*
Criado 1.º...	*Enrique Suárez.*
Criado 2.º...	*Luis Solano.*

ACTO PRIMERO

Salita en casa de Manuel.

ESCENA I

Carmen y *Doña Vicenta.*

DOÑA VICENTA

Yo siento tener que hablarte así de tu hermana, pero las cosas han llegado a un extremo...

CARMEN

Yo creí que usted aún no sabía, aún no había visto lo que por desgracia... vemos todos... Esa hermana mía...

DOÑA VICENTA

¿Quién podía creerlo? En una familia como la vuestra. ¡Si tu pobre madre levantara la cabeza!

CARMEN

No, mi pobre madre nos conocía bien a sus hijos. De Julia siempre lo temió todo. Ha sido siempre de un carácter tan apasionado, tan suyo... De esas personas que creen que no tienen voluntad si no están siempre en contra de todo el mundo. Se casó bien a disgusto de mis padres, que no veían en Víctor el marido más a propósito para ella; pero ella no atendió consejos ni reflexiones; se casó..., y, por suerte, nuestra pobre madre sólo vivió mientras mi hermana aún parecía dichosa. ¡Si hubiera vivido, para ver a lo que ha llegado!... Yo, crea usted, que sólo voy por su casa lo preciso para cubrir las apariencias, para defenderla un poco, si aún es posible, de lo que todo el mundo

ve y comenta; y por su marido también, a quien yo no sé cómo juzgar; pero aun así, el día que él sospechara, que supiera...

DOÑA VICENTA

¿Tú crees que él no puede haber visto nada? Pues, hija, hay quien no le cree tan ciego...

CARMEN

No, no; de eso estoy segura. Es que Víctor no se preocupa para nada de su mujer... Con sus negocios, con sus empresas..., en las que siempre ha sido poco afortunado, que acabarán por arruinarle y arruinar a mi hermana.

DOÑA VICENTA

Y a todo el que se relacione con ellos..., como mi hijo... Ya ves si debo procurar evitarlo...

CARMEN

¿Que Carlos se arruinará, dice usted? Pero ¿es que mi hermana?... No, eso no; que haya podido faltar a sus deberes, que usted tema por su hijo, por lo que esas relaciones puedan significar en su vida, para su porvenir... Todo eso, sí; pero suponer que Julia puede aceptar nada de Carlos, exigir menos... Y nadie, estoy segura, podrá ser más severo que yo al juzgarla... Por tristes que hayan sido sus desilusiones matrimoniales, por mucha culpa que pueda tener su marido, aún no es disculpa para ella, como para ninguna mujer en su caso... Pero suponer que Julia pueda ocasionar la ruina de Carlos...

DOÑA VICENTA

Se trata de tu hermana, y es natural que aun al culparla quieras hallarle alguna disculpa. Lo mismo me sucede a mí con mi hijo; también quisiera disculparle... Un hom-

bre joven, soltero, sin obligaciones, podrá hacer mal en pretender a una mujer casada, pero ¿qué debemos pensar de ella, si en vez de hacerle comprender desde el primer momento que se ha equivocado, le permite esperar, que es animarle a insistir?...

CARMEN

Sí; si eso mismo es lo que yo pienso de mi hermana; no crea usted que la disculpo de ninguna manera. Sólo me resisto a creer lo que usted dice, que esas relaciones puedan arruinar a su hijo de usted.

DOÑA VICENTA

Tengo razones para creerlo, para decirlo.

CARMEN

¡Dios mío, Dios mío!

DOÑA VICENTA

¿Es que no te ha dicho nada tu marido?... Pues él lo sabe...

CARMEN

Manuel y yo no hablamos..., procuramos no hablar nunca de mi hermana... Pero dice usted que Manuel sabe..., ¿qué?

DOÑA VICENTA

Lo mismo que yo... Lo que nos ha dicho Guzmán, el socio de mi hijo, a quien éste le ha pedido dinero, y ese dinero es para el marido de tu hermana Julia, para un nuevo negocio, un nuevo disparate en que anda metido... Para el cual pretendía que tu hermana hipotecara una de sus fincas, y tu hermana se negó a ello, y parece que tuvieron un disgusto, y hasta llegó él a insinuar que estaba

enterado de todo... Julia se lo comunicó así a mi hijo... Y a los pocos días se le presentó Víctor a pedirle ese dinero... Y como Carlos no puede disponer de nada sin contar con su socio, tuvo que enterarle de todo, y Guzmán fué el que vino a hablar conmigo, muy alarmado, con razón, porque supone que ya en ese camino, a esa petición seguirán otras... Y voy a hablarte con franqueza: yo creo que a todos nos importa resolver una situación desagradable y peligrosa para todos... Guzmán me manifestó que Carlos sólo deseaba dar por terminadas sus relaciones con Julia, que estaba avergonzado de ellas, por mí, por vosotros... Además, esa petición de Víctor, preparada por su mujer entre temores y amenazas...

CARMEN

Pero ¿es posible?

DOÑA VICENTA

Comprende, hija mía, que todo lo que te estoy diciendo ha sido así, como lo oyes...; lo sabe Guzmán, lo sabe tu marido, que piensan... lo que debemos pensar todos, que Víctor, contra lo que tú crees, favoreciéndole, está enterado y muy enterado, sólo que, muy práctico y muy a la moderna, procura indemnizarse del mejor modo posible.

CARMEN

Me resisto a creerlo... Y si Víctor, contra lo que ustedes creen, nada supiera..., si sólo por una ocurrencia fatal hubiera pedido ese dinero a Carlos... Son antiguos amigos; esa amistad, por desgracia, ha facilitado intimidades, entrevistas entre Julia y Carlos, que yo veía siempre con disgusto. Pero yo no puedo creer que mi hermana ni Víctor sean capaces de lo que ustedes suponen...

DOÑA VICENTA

Los malos caminos se andan muy de prisa. Y yo no he creído nunca a Víctor de una moralidad muy escrupulo-

sa. Se casó con tu hermana por su dinero; él no era nada; su familia, modestísima; todos sabemos lo que él aportó al matrimonio y el paso que ha llevado con sus grandes negocios. Eso sí, con muchos humos en la cabeza, hablando siempre de grandes empresas a la americana..., con ideas muy atrevidas...

CARMEN

Sí, todo eso fué lo que deslumbró a mi hermana. Creyó en él como en un héroe a la moderna, capaz de mover millones a su voluntad. Y todas sus empresas han sido otros tantos fracasos. Mi hermana, desilusionada del héroe, perdió también la estimación al marido, que él tampoco hizo mucho por merecer. Se ausentaba de Madrid largas temporadas, desentendido de su mujer, de su casa... Julia no ha sabido resignarse... Mi hermana, parece mentira que seamos hermanas, lo contrario que yo. Yo lo sacrificaría todo por la tranquilidad; ella se consideraría desgraciada si no viviese en constante inquietud. Toda mi aspiración en mi vida, para los míos, se contenta con pedir a Dios todos los días: ¡Dios mío, que no suceda nada! Mi hermana no podría vivir si no sucediera algo todos los días o no esperase por lo menos que sucediera.

DOÑA VICENTA

No es sólo tu hermana. En estos tiempos hay mucha gente así. Como si la vida no fuera bastante, hay quien necesita añadirle un drama, una novela o una película. Esto sobre todo. Yo creo que esos esperpentos que ven en las películas soliviantan a mucha gente... Todos quieren correr aventuras, hacer cosas extraordinarias..., que pasen cosas..., como dicen. Hasta los niños, señor; hay que oírles a estos chicos de ahora, asusta... Un señor, amigo de casa, dice, con muy buen sentido, que las películas son más perjudiciales que lo fueron los libros de caballerías en su tiempo, que al fin no se sabe que trastornaran más cabeza que la de Don Quijote; pero esas aventuras, esos viajes, esos crímenes de las películas traen loco a medio mundo. ¡Ah, Manuel!...

ESCENA II

Dichos y Manuel.

MANUEL

Señora...

DOÑA VICENTA

Cuánto me alegro de que haya usted llegado. Hablaba a Carmen de algo que a todos nos interesa, aunque a todos también nos disguste.

MANUEL

Ya me figuro. Pero debo advertir a usted que está aquí Víctor.

CARMEN

¿Víctor?

MANUEL

Sí, ha venido conmigo. Quería hablarme de un asunto. Me preguntó si estabas en casa, si podía saludarte. Por eso he entrado. Te advierto que por una torpeza del criado sabe que estás en casa, pero con visita... ¿No te disgusta verle?...

CARMEN

No; por mí...

DOÑA VICENTA

Por mí tampoco. Ya te dejo... Y perdona que mi visita no haya sido muy agradable. Y aún no me he atrevido a decirte lo que yo desearía en bien de todos.

CARMEN

Diga usted...

DOÑA VICENTA

Eres mayor que Julia, debes tener autoridad sobre ella.

CARMEN

¡Pobre de mí! Nunca ha hecho el menor caso de mis advertencias ni de mis consejos.

DOÑA VICENTA

Tu marido es hoy por hoy el verdadero jefe de vuestra familia... Los dos tenéis el deber de aconsejar a Julia, de hacerle comprender que va por muy mal camino. Yo por mi parte hablaré con mi hijo muy seriamente. Creo que todos estamos en el caso de evitar una vergüenza, y quién sabe si un escándalo irreparable para las dos familias.

CARMEN

Sí, tiene usted razón, pero no sé lo que puede hacerse.

MANUEL

Mi situación, respecto a mi concuñado, comprenderá usted que es muy delicada. Hoy mismo ha venido a contarme el disgusto que había tenido con su mujer por cuestión de intereses... Yo sé lo que ha sucedido después, quién ha facilitado el dinero... Lo sé... y debo ignorarlo, porque ¿qué podría yo decir si dijera todo lo que debo pensar?

DOÑA VICENTA

Pero comprenda usted que yo, como madre, no puedo desentenderme de una situación que compromete la tranquilidad de mi hijo..., que hoy depende en absoluto de las

buenas relaciones con su socio, que confiaba en él para todo, y ahora..., con razón, desconfía y teme que mi hijo pueda perjudicarle en sus intereses... No por una malversación ni por un abuso de confianza, eso no; pero sí por descuidos, por abandono, preocupado por esa locura, esa pasión vergonzosa..., de la que ya está pesaroso..., pero que Dios sabe las consecuencias que puede traer en su vida... Y perdonen ustedes...

MANUEL

Nada, señora. En todo compartimos su disgusto y sus preocupaciones.

DOÑA VICENTA

Adiós, Carmen... Ven alguna vez por casa.

CARMEN

Sí, iré; aunque no quisiera ver a nadie...

DOÑA VICENTA

Lo comprendo, hija mía, lo comprendo... Estas cosas en una familia como la vuestra... No me acompañéis... *(Sale doña Vicenta.)*

MANUEL

¿Digo a Víctor que puede saludarte?

CARMEN

Sí, cuando quiera... *(Sale Manuel, y a poco vuelve con Víctor.)*

ESCENA III

Carmen, Manuel y Víctor.

VÍCTOR

¿Cómo estás, Carmen?

CARMEN

Bien; ¿y tú, y Julia?

VICTOR

¿No ha venido hoy?

CARMEN

No; ¿te dijo que vendría?

VICTOR

Supongo que vendrá; si no hoy, un día de éstos, a contaros algo...

CARMEN

Si es algún disgusto entre vosotros, ya sabe ella que no tiene en mí la menor defensora.

VICTOR

Ya lo sé, Carmen... Tú eres razonable... Julia... es...; ante todo, es que no me quiere.

CARMEN

¿Qué motivos tienes para creerlo?

VICTOR

Julia no tiene la menor estimación por mí. Se ha visto defraudada. Me creía un ser superior, y la fatalidad me ha hecho parecer ante todos, ante ella, porque cree en todos más que en mí, como un ser inepto, un iluso... Y hay que confesar que lo he sido... Al concebir cualquier empresa yo pensaba siempre en lo fundamental, desdeñaba los detalles, y los detalles eran lo importante... Los detalles eran... la mala fe de copartícipes y auxiliares,

las intriguillas, las ambiciones mezquinas, que ni merecen el nombre de ambiciones, que son sólo codicias, menos aún, raterías... Todo eso tan español, tan nuestro, el picarismo que ha sido media vida española y ha malogrado siempre entre nosotros toda idea grande, toda noble iniciativa. Hoy, con toda la experiencia lograda, quiero aprovecharme de ella. Voy a intentar, por última vez y acomodándome al medio, algo.. que será la última ilusión, mejor dicho, el desquite de haber perdido todas las ilusiones. ¿Dices que no has visto a Julia en estos días?

CARMEN

No; me ha sido imposible ir por vuestra casa; Julia no ha venido tampoco.

VICTOR

Menos mal; no se ha apresurado a desacreditarme ante vosotros. Ya le he dicho a Manuel, anticipándome a lo que ella pueda deciros, cuál ha sido nuestro último disgusto. Deseo también que sea Manuel quien la tranquilice respecto a sus intereses. Gracias a la generosidad de Carlos he encontrado el dinero que necesitaba en excelentes condiciones. Tengo fe, una fe ciega, en que esta vez saldré adelante, en que podré demostrar que mi ineptitud era sólo... honradez... Ahora no seré tan honrado... No, no os asustéis; aún soy incapaz de indignidades. Me respeto demasiado a mí mismo. Pero sabré adaptarme, contemporizar, sobornaré cuando sea preciso..., seré hábil, más que eso, pícaro también a mi modo. Por suerte, nuestros pícaros suelen ser de una ingenuidad tan manejable... En cuanto a Julia, ¡es tan difícil que yo logre recuperar su cariño! Difícil, porque yo no he de intentarlo siquiera. Tengo un gran defecto, del que no he procurado corregirme nunca, porque yo lo estimo como una gran cualidad, el orgullo. Al acudir a Julia, no fué tanto porque no tuviese otro recurso, como por cerciorarme de si en efecto había perdido para siempre su confianza y su estimación. He visto que así era. Ya entre nosotros sólo queda lo que puede concederse a las apariencias sociales; por mi

parte sin violencia, por parte de ella... temo que no sepa respetarlos tanto. Nunca he sospechado de su fidelidad... Julia es también orgullosa como yo, y el orgullo la defiende de esas caídas de mujer vulgar, por despecho o por venganza... Julia aún es menos capaz de un vicioso capricho. Seguro de haber perdido su cariño, sé que nadie me lo ha robado. Aún le queda esa triste satisfacción a mi orgullo...

CARMEN

No sabes lo que me entristece veros así..., alejados..., por culpa de los dos, Víctor, de los dos.

VICTOR

Acaso.

CARMEN

No dudarás que Julia se casó muy enamorada de ti.

VICTOR

Sí; de lo que ella esperaba que yo podría ser..., no de lo que era, de lo que soy, un fracasado, vencido por la adversidad. Julia es de esas mujeres que sólo quieren por una de estas razones: o por admiración al hombre que creen superior..., admiración que es, en resumidas cuentas, su vanidad halagada..., o por lástima, por compasión al hombre que todo lo aceptará de ella... De otro modo, halago también de su vanidad. Yo no he sido el triunfador que puede ofrecerlo todo, ni he sabido humillarme como vencido que todo lo acepta. Julia no ha podido admirarme ni ha podido compadecerme... Eso es todo.

CARMEN

Todo es bien triste. Quizás la vida misma con el tiempo pueda enmendar el daño...

VICTOR

No lo espero. Los dos hemos visto demasiado claro en nuestros corazones..., quizás por ser los dos tan parecidos.

CARMEN

Razón para que supierais mejor comprenderos y perdonaros.

VICTOR

Razón para que sepamos demasiado uno de otro lo que ha sido de nuestro cariño... Adiós, y cuando veáis a Julia, tranquilizadla... El otro día, contra mi carácter, quizá estuve algo violento... Pudo creer que yo dudaba de ella... No, no he dudado nunca... Decídselo así, decídselo...

MANUEL

Adiós, Víctor... *(Sale Víctor.)*

ESCENA IV

Carmen y *Manuel.*

CARMEN

Ya lo ves. No es posible lo que dice la madre de Carlos, lo que tú mismo has creído, no es posible. Víctor nada sabe, no sospecha siquiera. No es posible que se pueda fingir de ese modo. ¿No crees lo mismo que yo? ¿Qué dices?

MANUEL

En efecto. Sería preciso un cinismo, más incomprensible por innecesario, porque él no ha podido sospechar por nada de lo que ha oído de mí que yo supiera nada de las

relaciones de Julia con Carlos, ni de que él hubiera pedido dinero a Carlos..., ni nada, en fin, que le pusiera en el caso de justificarse conmigo, con nosotros... Y si no lo sabe, si Carlos sigue siendo para él el amigo y en esa confianza ha acudido a él... El día que por una mala intención, por una imprudencia de Julia misma llegue a saber... Yo no sé qué sería preferible...

CARMEN

¿Lo dudas?... Creamos por lo menos en su honradez...

MANUEL

Es que seremos tan pocos los que creamos en ella... Ya lo has oído: la madre de Carlos, Guzmán, su socio; el mismo Carlos, todos creen que Víctor ha pedido ese dinero confiado en que no podía negárselo, en complicidad con su mujer... Lo creen y es natural que lo crean... Todos ven..., lo que a todos les parece mentira que él no haya visto..., que él no sepa...

CARMEN

Pero tú, ¿aún dudas?

MANUEL

No lo sé... Ayer, al oír a Carlos, me pareció que, en efecto, Víctor debía saberlo todo... Hoy, al oirle a él, ya no puedo creerlo.

CARMEN

Tampoco es de una gran delicadeza, por parte de Carlos, venir a decirte que Víctor le había pedido dinero...

MANUEL

Y si me lo hubiera dicho a mí solo... Pero a estas horas lo saben todos sus amigos...

CARMEN

Y con ello la honra de una mujer y la dignidad de un hombre ofrecidos a todos los comentarios, a todas las burlas. Y ése es el hombre en quien Julia buscaba la compensación a sus desilusiones. Porque aun supuesto que fuera verdad lo que él cree..., él es el único que no ha debido decirlo nunca...

MANUEL

¡Qué quieres! Somos así... De todas las vísceras que regulan el mecanismo humano, el bolsillo es la más sensible. Al menor ataque se queja. Es una víscera sin pudor alguno. Ya ves también esta respetable señora, la madre de Carlos..., estará cansada de saber que su hijo sostenía relaciones con una mujer casada, pero hasta ahora nada había tenido que decir... Al contrario, sin decirlo, en el fondo, en ese fondo de la moralidad doméstica, que suele ser una alcantarilla..., en ese fondo estaría encantada de que su hijo, a tan poca costa y con tanta comodidad, hubiera resuelto el problema del amor en la juventud. Sólo cuando se ha enterado de que el dinero de su hijo corría peligro se alarma su moralidad, y viene a pedirnos socorro, nuestra intervención para que esas relaciones no continúen, porque es una vergüenza para las dos familias... Cuando considera uno estos espectáculos que a diario nos ofrece la Humanidad... no puede uno por menos de sentir gratitud por los grandes sinvergüenzas, únicos que son capaces de poner a raya a los sinvergüenzas pequeños, que son innumerables... Y gente así es la que se atribuye el patrimonio de la honradez en las mujeres y de la caballerosidad en los hombres... *(Entra un Criado.)*

CRIADO

Con permiso.

MANUEL

¿Qué es?...

CRIADO

La señorita Julia está abajo en el coche, y pregunta por teléfono desde la portería si están solos los señores.

MANUEL

Sí. Diga usted que puede subir..., que estamos solos. *(Sale el Criado.)* Yo os dejo...

CARMEN

No, Manuel... Sin ti yo no sabría decirle nada, y es preciso que sepa...

MANUEL

Pero es tan violento para mí... Yo no soy su hermano...

CARMEN

Eres el único hombre con autoridad en la familia... Julia ha tenido siempre por ti gran estimación, y ha de oírte con respeto...

ESCENA V

Dichos y *Julia.*

JULIA

¿Cómo estáis?... Sé que Víctor ha estado aquí.

MANUEL

Sí.

JULIA

Os ha contado...

CARMEN

Mira, Julia, hermana... No es lo que pueda contarnos Víctor, es lo que dice todo el mundo, de ti, de él..., de todos, lo que debe importarnos.

JULIA

¿De mí? ¿Qué pueden decir de mí?

CARMEN

No, Julia... Si hasta ahora no te habíamos dicho nada, en nuestro silencio, en nuestra actitud, en nuestro alejamiento, has debido comprender que lo sabíamos todo.

JULIA

¡Ah!... ¿Es que a Víctor le ha dado ahor[illegible] por [illegible] celoso..., y él es quien os ha dicho...?

CARMEN

No, al contrario. Víctor, por desgracia, no es celoso..., todavía está seguro de tu fidelidad... Mal agradeces su confianza.

JULIA

No hablaba así el otro día...

CARMEN

Sí, ya sé que habéis tenido un disgusto.

JULIA

Sin importancia.., cuestión de dinero. Hasta ahora le había dejado desbaratar, y no dirá que nunca le he pedido cuentas, ni me habrá oído lamentarme de ello; la mayor parte de nuestras rentas..., privándome de como-

didades, de gustos de que yo no tenía por qué prescindir... Con sus sueños de gran industrial, de gran negociante..., a lo Ford, y su falta, yo no sé si de capacidad o de fijeza..., lo cierto es que en todo ha fracasado... Con lo que se ha perdido en estos años hubiéramos podido aumentar nuestro capital..., ¡qué sé yo! No dirá que yo he malgastado: ni una alhaja, ni vestidos costosos, ni comidas, ni fiestas... Este año no ha sobrado nada de la renta. Me pidió que hipotecara la finca de los Morillos o una de las casas de Madrid... No lo creí prudente ni necesario... Ya es hora de que renuncie a sus empresas, con las que pretendía deslumbrarme, a falta de otras atenciones... ¿No he hecho bien?

MANUEL

Sí, perfectamente. Estás en tu derecho al defender tu capital. Doblemente si el cariño no te hace gustoso el sacrificio.

JULIA

¡Dónde está ya el cariño!

MANUEL

Pero si el cariño..., eso que tú llamas cariño, y era, sin duda, algo bien ligero y superficial, cuando no ha podido sobreponerse a las inevitables desilusiones y contrariedades de la vida matrimonial; si ese cariño se ha perdido, procura, a lo menos, ya que has sabido defender lo material de tu patrimonio, defender el patrimonio moral, que es el buen nombre, el decoro de vuestra casa...

JULIA

De nada me acusa mi conciencia... Si la falta de cariño dispensa de todos los deberes que el cariño impone..., yo no he faltado a ningún deber... Si hacer mal es causar daño a alguien..., yo no he causado ningún daño... Nadie será más desgraciado por mi culpa..., que es sólo mía.

CARMEN

Sí, tuya es la culpa, como son nuestros todos nuestros errores y todas nuestras culpas; pero no tranquilices tu conciencia con creer que a nadie más que a ti tienes que dar cuenta... ¿Tú no sabes que Víctor ha pedido a Carlos el dinero que tú te negaste a facilitarle?...

JULIA

¿A Carlos?

CARMEN

Sí, a Carlos...

JULIA

¡No! ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién lo sabe?

CARMEN

Víctor no lo niega, porque para él no existe un motivo para ocultarlo. Carlos, en cambio, no debía decirlo, y lo dice..., y no sólo lo dice, sino que supone que Víctor le ha pedido ese dinero porque lo sabe todo... ¿Comprendes?

JULIA

¡Ah, no; eso no! ¡No puedo creerlo!

CARMEN

Y cree más: cree que tú estás de acuerdo con tu marido.

JULIA

No, no es posible. ¡Sería un miserable! No puedo creerlo. Queréis volverme loca... No, no; es mentira, mentira todo... Es el modo que habéis hallado para castigarme...

Y sólo con pensarlo ya es castigo... No puede ser, no puede ser. Lo sabré pronto.

CARMEN

¿Qué nueva locura?...

JULIA

Dejadme, dejadme... Si fuera verdad...

MANUEL

No lo dudes. Sobre Víctor pesa hoy la sospecha de la mayor indignidad que puede cometer un hombre. ¿Y creías que tu falta sólo a ti podía alcanzar? Es cierto que ya nadie juzga que un hombre deje de ser honrado porque su mujer no lo sea. Al hombre más honrado puede sucederle... Pero comerciar, lucrarse a costa de esa deshonra..., es caer tan bajo, tan bajo, que no encuentro que pueda acusarse a un hombre de nada más indigno de un hombre... Piensa lo que debe hacer Víctor cuando sepa lo que has hecho de su honra, de su otra honra, que ésa sí es suya..., nuestra, de todos..., porque todo puede creerse de una familia en que puede suceder... eso... Ya lo sabes. Afronta la verdad y afronta todo lo que suceda.

JULIA

Y ¿qué puedo yo hacer..., qué debo hacer...?

MANUEL

Eso... es cuenta vuestra... Tuya y de tu amante. En cuanto a Víctor..., piensa que hasta le habéis quitado el derecho de mataros a los dos..., de matar a ese hombre frente a frente, porque ya no sería el justiciero ni el vengador..., sería el criminal vulgar que mata porque... ni siquiera puede decirse robado..., porque robar es más digno...

JULIA

¡Calla, calla! Eres implacable. ¿Qué puedo hacer, qué debo hacer...?

MANUEL

¿Lo preguntas? Devolver a tu marido su honra... la suya... Aunque te cueste la vida.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Víctor.

ESCENA I

Julia y Carlos.

JULIA

¡Tú! ¡A estas horas, así!... ¡Qué imprudencia! ¡Qué pensarán los criados!... Y Víctor, que debe estar en casa, y le extrañará tu visita.

CARLOS

Supe que habías ido a buscarme; como hoy no te esperaba, supuse que algo urgente tenías que decirme...

JULIA

Si es por eso, no es razón para que vengas así, de esta manera... Tus visitas han sido siempre justificadas...

CARLOS

No sería tan difícil justificar ésta. Otras veces he venido tan de improviso, y no te ha contrariado.

JULIA

No, así nunca..., nunca a una hora tan intempestiva.

CARLOS

Sabía que Víctor había salido.

JULIA

Volverá en seguida; nunca se retira tarde. Y aunque ya no estés aquí cuando él vuelva, razón de más para que deba saber que has estado. Sería peor hacer misterio de ello... Tú dirás a qué puedo decirle que has venido..., cómo justificarlo...

CARLOS

¡Justificar! ¡Qué exageración! ¿No tengo bastante confianza en esta casa para que una visita mía no pueda extrañar a una hora que no es tan inusitada?... Mal agradeces mi impaciencia, mi temor de que hubieras tenido algún nuevo disgusto. Aunque supongo que no habrá sido con Víctor. Tal vez con tu hermana. Me dijiste que pensabas ir por su casa.

JULIA

¿Por qué supones que el disgusto no podía ser con Víctor...?

CARLOS

Por nada. Me dijiste que el último que habías tenido había sido por cuestión de intereses...

JULIA

¿Y supones que ya no puede existir ese disgusto?

CARLOS

¡Ah!, no sé... ¿Qué ha sucedido entonces?

JULIA

Nada, nada... No es ocasión... Déjame, déjame... Mañana hablaremos; yo iré por la tarde..

CARLOS

Pero ¿no puedes decirme ahora..?

JULIA

No, no, déjame. Antes de hablar contigo, quiero saber, necesito saber...

CARLOS

Saber ¿qué?... Vamos, habla, ¿qué te sucede?... Comprenderás que por unos minutos que se prolongue mi visita, ya que he cometido la imprudencia, según tú, de venir a estas horas...

JULIA

No, no; Víctor no puede tardar.

CARLOS

¿Qué importa que venga..., ni que me encuentre aquí?... No te preocupes.

JULIA

¿Qué quieres decir? ¿Por qué no ha de importarme?

CARLOS

Pero ¿qué te sucede? Nunca te he visto así... ¡Me miras de un modo; tus palabras quieren ser agresivas!...

JULIA

¿Dices que no debe importarme? ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Crees que has comprado el derecho de entrar en esta

casa a cualquier hora, de cualquier modo, sin miramiento alguno...?

CARLOS

¿Qué quieres decir? ¿Comprar? ¿Qué puedo yo haber comprado?...

JULIA

¿Es verdad que Víctor te ha pedido dinero?...

CARLOS

¿Quién te lo ha dicho?

JULIA

¿Qué te importa?... El mismo se lo ha dicho a mi cuñado, a mi hermana, para que ellos me lo dijeran. El, naturalmente, no cree que tenga por qué ocultarlo. Ha acudido al amigo, que fatalmente eras tú...; ha recurrido a ti, sin saber, sin sospechar lo que todos pensarán, lo que tú mismo has pensado...

CARLOS

¡Julia!

JULIA

Sí, sí...; Guzmán, tu socio, se lo ha dicho a mis hermanos; tu madre también ha estado en su casa, muy alarmada, por lo que ella cree una explotación, de la que también suponen, creen, que yo soy cómplice... Sí, sí, tú lo sabes; no finjas, no mientas...

CARLOS

Es que me sorprende tanto lo que dices; no sospecharás que yo...

JULIA

No lo sé. Sé lo que piensan, lo que dicen tus más allegados.

CARLOS

Yo no soy responsable de lo que otros puedan pensar.

JULIA

Pero sí de lo que otros han podido saber.

CARLOS

Yo no podía disponer de ese dinero sin contar con mi socio; no debía ocultarle para quién era, las razones que me obligaban...

JULIA

¡Ah, eso! ¡Que te obligaban! Ninguna razón te obligaba... Debiste decírmelo antes; yo lo hubiera evitado a tiempo. Tenías pretextos de sobra para negar a Víctor ese favor, que tú sabías demasiado cómo había de conceptuarse, mucho más si eras tú el primero en conceptuarlo de ese modo.

CARLOS

Yo te aseguro que no he pensado nunca...

JULIA

Has dicho que te creías obligado... ¿Por qué?...

CARLOS

Prescindo de que no podía faltar a la confianza de Víctor en mi amistad. Pero ante todo pensaba en ti, en evitarte nuevos disgustos si Víctor insistía en que tú le fa-

cilitaras ese dinero... ¿No me dijiste tú misma que al negarle tu firma te había insinuado que él ya sabía que había perdido tu cariño...; no temías tú misma que él lo supiera todo?...

JULIA

No, eso no. El puede creer que ha perdido mi cariño..., pero no ha dudado nunca de mi fidelidad... El no sabe..., no puede saber... Estoy segura de ello... Necesito esa seguridad...

CARLOS

No sé cómo podrás tenerla. El no ha de decírtelo...

JULIA

¡Ah!, ¿lo ves? Tú no lo crees, no lo crees, y al no creerlo dudas de mí también... Estábamos de acuerdo. ¿No es eso?

CARLOS

No digas locuras. Yo no he hablado de ti para nada.

JULIA

Hablar, no; lo piensas y es peor que si lo dijeras. Soy la mujer que se vende, sin la franqueza de declararlo, valiéndose de su... rufián..., porque eso sería él, y eso crees tú, y todos, porque no hay amigo tuyo que no lo sepa, que Víctor te ha pedido dinero a ti, sabiendo que eres el amante de su mujer... ¡Ah!, no, no. Yo te aseguro que Víctor te pagará ese dinero y sabrá lo que has pensado de él y de mí...

CARLOS

Pero ¿estás loca? ¿Qué vas a decirle? ¿Qué vas a hacer?

JULIA

Pero no ves que yo también dudo, y si dudo de él es por creer en ti todavía y en mí también, para no verme tan despreciable al pensar lo que tú has podido creer de él y de mí...

CARLOS

Pero ¿quién ha dicho que yo dudo de ti?... Ni de Víctor tampoco... Vamos, cálmate...; estás muy nerviosa. Sin duda tus hermanos te han dicho lo que ellos habrán oído de gente interesada en separarnos, como ellos lo están también... Es natural que procuren alarmarte... Ellos si saben, son los que pueden saber...; pero son más los que nada saben, los que no sabrán nunca nada. Nos preocupamos demasiado de la opinión de las gentes, que no se preocupan tanto de nosotros, como somos muy dados a creer por un modo de vanidad... Lo menos crees tú que ya en todo Madrid no se habla más que de nosotros...

JULIA

Me hace daño oírte hablar así, en ese tono ligero, burlón..., cuando mi vida entera está pendiente de una palabra tuya que sea de seguridad...

CARLOS

¿De qué? ¿De mi cariño?

JULIA

¿De tu cariño? No; de algo más que cariño necesito yo ahora; si el cariño no es más que esa conformidad tuya, esa condescendencia que te parece la mejor prueba de cariño que puedes ofrecerme... Has asegurado mi tranquilidad. Pero ¿no comprendes que yo no acepto esa tranquilidad? Yo sí quisiera ahora encontrar una razón, aunque esa razón fuera la que tú supones para comprender por qué te he querido... Es justo que tú creas

que sólo podía ser por tu dinero. La conciencia te dice que no podías corresponder de otro modo. Ni tu corazón, ni tu caballerosidad podían ofrecerme nada que valiera tanto...

CARLOS

Tú dirás si es mi corazón o mi caballerosidad lo que permite, respeta... y hasta perdona tus insultos..., cuando hayas reflexionado.

JULIA

Sí, es lo mejor... Déjame, déjame... Necesito reflexionar, como tú dices...

CARLOS

Necesitas considerar que nada de lo ocurrido es de la gravedad que tú supones... Que personas allegadas a nosotros comentan desde su punto de vista nuestra situación; que mi pobre madre procura la intervención de tus hermanos para ponerle término... ¿Es que nada de esto ha podido sorprenderte? ¿Creías que indefinidamente nadie, nadie en absoluto llegaría a saber?... Y no es que hayamos sido imprudentes, que hayamos hecho ostentación de nuestro cariño... Pero tú sabes que la misma prudencia llevada al extremo, puede ser delatora. Y, aparte todo esto..., ¿es que yo tengo la culpa de nada? De que Víctor haya recurrido a mí, de que mi socio haya tenido que enterarse, de que el mismo Víctor lo diga, porque él suponga, con razón, que nada tiene de particular recurrir a un amigo... Los que lo sepan... pensarán lo que les parezca... ¿Qué puedo yo hacer? ¿Cómo podía evitarlo? ¿Lo ves cómo si se considera todo en calma no hay por qué asustarse de nada?... Sí, te dejo, te dejo... ¿Estás ya tranquila?... ¿Puedo dejarte en esa seguridad?... ¿Nos veremos mañana?... ¿Te espero?... ¿Hasta mañana?..

JULIA

Hasta mañana, sí, hasta mañana... *(Sale Carlos.)*

ESCENA II

Julia, que sale un momento; después llama y entra un Criado.

JULIA

¿Ha salido el señorito esta noche?

CRIADO

Sí, señora, salió, pero ha vuelto en seguida...

JULIA

¿Está solo?

CRIADO

Está en su despacho con el escribiente...

JULIA

Dígale usted de mi parte que venga, cuando haya terminado. Yo aún tardaré en acostarme.

CRIADO

¿Manda otra cosa la señora? *(Sale el Criado. Julia entra en una salita próxima, y cuando llega Victor no está en escena.)*

ESCENA III

Victor y Julia.

VICTOR

¡Julia..., Julia!... *(Al verla salir.)* Ah... Me dijeron que deseabas verme.

JULIA

Sí... ¿Has terminado ya? No dejes nada por mí... No es nada urgente.

VICTOR

Sea como sea... Ya había terminado. ¿Qué quieres decirme?

JULIA

Ven aquí, siéntate. Quiero que hablemos...

VICTOR

Cuanto tú quieras...

JULIA

(Rompiendo a llorar con angustia.) ¡Víctor..., Víctor!

VICTOR

¿Qué te sucede? ¿Por qué ese llanto...? Vamos, ¡qué niñería!... ¿Por qué esa tristeza? Nunca te he visto llorar así. ¿Es por el disgusto que tuvimos el otro día? Más pesaroso estoy yo que tú. No recordemos nada. ¿Has visto a tus hermanos? ¿Te dijeron que yo había estado allí?

JULIA

Sí, ya me dijeron...

VICTOR

Te habrán reprendido, como a mí. Ellos, con el mejor deseo, quisieran vernos muy dichosos... ¿Era eso lo que tenías que decirme?

JULIA

No... Sí, eso también... ¡Tantas cosas!... Y no sé qué decirte. ¡Cuántas veces habremos estado así, uno al lado de otro, sin decirnos nada, y cómo nos comprendíamos! ¡Sabíamos que era un mismo pensamiento! Ahora hablaremos, hablaremos, y no sabremos lo que cada uno piensa... ¿Qué daría yo por saber lo que tú piensas de mí? Piensas que no te quiero, piensas que no te he querido nunca...

VICTOR

Eso no. Me has querido, nos hemos querido mucho. Si no nos hubiéramos querido tanto, ni tú llorarías así ni yo sentiría esta inmensa tristeza, esta desolación de nuestras almas. Conocer que es mentira algo que se creyó verdad es muy triste; pero al fin, subsistir una mentira por una verdad, aunque sea dolorosa, siempre fortifica nuestro espíritu. La posesión de una verdad nunca se paga bastante cara en la vida. Lo triste es ver perderse una hermosa verdad por una verdad horrible. Pensar: "¡Era verdad nuestro cariño!", y pensar: "¡Ese cariño se ha perdido!" Verdad aquello, verdad esto... Pero ¡qué verdades tan distintas!

JULIA

¡Nuestro cariño! ¿Qué ha sido de nuestro cariño? ¿Cómo le dejamos perderse así?... ¿Por qué no supimos defenderle? Pero yo sé que algo puede unirnos todavía: esta misma tristeza nuestra, esta desolación de nuestras almas... No preguntemos quién ha sido más culpable. Si queremos ser justos no sabremos ser dichosos. Todo está perdonado. ¿Crees tú que tienes mucho que perdonarme? También yo a ti, ¿verdad?

VICTOR

¿Por qué no? Era muy desgraciado y tenía el orgullo de no aparentarlo. Tal vez me creías dichoso; en mis circunstancias, debías creer que era muy egoísta.

JULIA

No; yo veía, comprendí tu tristeza; pero comprendí también tu orgullo, y temía ofenderle anticipándome a ofrecerte una compasión que tú no solicitabas. Por eso, el otro día, cuando por primera vez vi que acudías a mí, que necesitabas de mí, sentí el deseo de venganza...

VICTOR

No lo recuerdes. Fuí yo el que hice mal... Tienes sobrados motivos para desconfiar de cualquier asunto que yo emprenda... Todos han sido otros tantos fracasos... No sé quién ha dicho que Dios acaso dejaba sin castigar algunos de nuestros pecados, pero nunca el del orgullo. El mío está bien castigado. Mi orgullo, que hubiera querido ofrecerte... más de lo que yo había aceptado al casarme contigo, lo que tal vez creyera que había sido mi única razón para quererte.

JULIA

No; eso no lo he creído nunca. No he dudado de tus buenos deseos, ni de tu inteligencia tampoco... Que no has tenido suerte: eso es todo.

VICTOR

No sé a qué pueda llamarse suerte. Los que triunfan, siempre creen que ha sido por su talento o por su trabajo: les humillaría creer en la suerte. Yo puedo asegurarte que ninguna de mis empresas era disparatada; que cualquiera de ellas, con otros auxiliares, en otro ambiente, hubiera sido... lo que soñaba, lo que yo creía. Yo sé que he trabajado con honradez, con toda mi voluntad y también con todo mi corazón. Debiste creerlo.

JULIA

¿Por qué no, Víctor? Y ahora triunfarás; estoy segura. Y sentiré que creas que por esa seguridad quiero ser yo quien te ofrezca todo lo que necesites.

VICTOR

Si ya no necesito nada. ¿No te han dicho tus hermanos que ya había encontrado el dinero?

JULIA

Sí, me lo han dicho.

VICTOR

¿Que ha sido Carlos quien...?

JULIA

Sí, ya lo sé; Carlos...

VICTOR

Siempre ha sido un buen amigo mío: el único en quien he hallado siempre simpatía y comprensión, a pesar de mis fracasos... Además, yo sé que para él esa cantidad no suponía ningún sacrificio, dado el próspero estado de sus negocios... [illegible] también que, por la índole de ellos, si, por desgracia, no pudiera pagarle con mi dinero, siempre podría pagarle con mi trabajo.

JULIA

Sí...; pero ¿qué necesidad de tener esa preocupación?... Yo no quiero que estés obligado a nadie más que a mí...

VICTOR

Para mí, h[illegible]ería mayor preocupación comprometer la más pequeña parte de tu capital.

JULIA

Veo que no olvidas ni perdonas... Entonces no volverá nuestro cariño. Yo quiero que lo aceptes todo de mí. Que

pagues a Carlos cuanto antes, mañana mismo. ¿Qué debo firmar? En un día puede arreglarse todo... Mañana mismo, ¿verdad?... Necesito que aceptes... De otro modo no creo que me perdonas... Y quiero saber todo lo que has pensado: tus proyectos..., tus esperanzas..., todo. ¿Tú crees que no me interesa? Si mi disgusto fué siempre porque nunca contabas conmigo para nada; era que, por lo visto, no estimabas en nada mi parecer.

VICTOR

¿Tu parecer? ¡Eres olvidadiza! Alguna vez fuí a decirte: Esto he pensado, esto quiero emprender..., y tu respuesta sólo era: ¿Otro disparate? ¿Otra tontería? ¿Lo has olvidado? Mala memoria, mala memoria...

JULIA

No; yo no he olvidado nada. Pero recuerdo sin rencor... *(Cambiando de tono y otra vez con dulzura.)* Confiabas demasiado en ti; yo tenía la tristeza de una nueva desilusión para ti... Eso significaban mis advertencias. Nunca puse en ellas ese tono despectivo con que tú las recuerdas... Era llamarte a la realidad...

VICTOR

Sí, me llamabas a la realidad por si mis ilusiones me llevaban a olvidarme de ella... Por lo menos, la ilusión de tu cariño no quería que me engañara... Y si tú supieras que al faltarme la confianza de tu cariño, al saber que nadie..., nadie, porque si no eras tú, ¿quién podía ser?, me acompañaba con el pensamiento en el afán de mi trabajo, sin darme cuenta, me sentía desalentado cuando mas energías necesitaba. Hay quien cree ilusoria, risible esta creencia en fuerzas espirituales, que en bien o en mal pueden influir en el curso de nuestra vida. Yo estoy seguro de ellas. Pero nunca me siguió nadie con un pensamiento de amor en mis afanes; ninguna voluntad, todo amor, vino a fortalecer mi voluntad... Estaba yo solo contra todo; no podía vencer.

JULIA

Y si tu orgullo se obstina... se complace en estar solo... No, no; desde ahora estaremos muy unidos..., como no hemos estado nunca... Porque yo no dudo que lo has perdonado todo... Que aceptarás lo que te ofrezco. Sólo así creeré que empieza otra vida para nosotros...

VICTOR

¿Sólo así? No, Julia; no es ya mi orgullo; pero bien está como está.

JULIA

¿Lo ves como yo significo muy poco para ti? Es preciso que aceptes mi ofrecimiento. Yo no quiero que seas deudor a nadie más que a mí.

VICTOR

No insistas. ¡Y qué pensaría el mismo Carlos si ahora me apresuro a devolverle ese dinero..., ultimada ya la obligación!...

JULIA

¿Qué puede pensar? Le dices la verdad; que yo lo he dispuesto, que yo he querido... No puede extrañarle... No dudes más... Es preciso... Es que tú no sabes...

VICTOR

Me basta con saber que no hablas por ti. En todo cuanto dices advierto no sé qué influencias extrañas... Alguien te ha aconsejado...

JULIA

No era preciso que nadie me aconsejara... Pero, en todo caso, mis hermanos piensan lo mismo que yo... Manuel

sabe que el socio de Carlos no ha accedido muy gustoso a facilitarle ese dinero. La madre de Carlos también ha creído que debía intervenir, y Carlos mismo, a quien tú crees tan amigo tuyo..., si no podía disponer de ese dinero sin contar con su socio, sin intervención de sus allegados..., sin exponer tu crédito a los comentarios, a la maledicencia de todos... Hubiera sido más noble negarte ese favor... No le hubiera faltado un pretexto... Ese mismo, que el dinero no era suyo... Todo antes que dar ocasión a murmuraciones, a infamias...

VICTOR

¿Murmuraciones, infamias? ¿Por qué? Si yo hubiera advertido en Carlos la menor contrariedad al pedirle yo ese favor, que estoy por decir, se adelantó él a ofrecerme. Tú lo dices, nada le obligaba. Yo no hubiera dudado de su amistad porque se hubiera negado a servirme. Lo hubiera preferido a saber que el servirme ha podido contrariarle.

JULIA

A él no. Para él es una satisfacción..., una satisfacción miserable..., por la que ya cree tener derecho a todo...

VICTOR

Comprenderás que sería muy torpe si ya no hubiera entendido que en todo esto que te obliga a importarte de mí, lo que no te ha importado nunca, hay más, mucho más de lo que dices... Mírame, mírame te digo... ¿Es a ti a lo que Carlos se cree con derecho? ¿Es a ti a quien él ha creído comprar al servirme?... Es la vulgar aventura del seductor de oficio... No le juzgué así nunca... No puede uno creer en nadie; entonces..., ¿es eso? ¿Es eso lo que da lugar a esas murmuraciones, a esas infamias que tú dices?... No puede ser otra cosa. ¿Es eso?... Mira que pronto puedo saber la verdad; si ese hombre no es un miserable...

JULIA

Es más miserable de lo que tú crees. Pero no le preguntes a él, que se creería obligado a mentir... Soy yo quien debe decirte la verdad..., la verdad que quema mis labios...; yo, tan miserable como él... Sí, sí... La verdad no me asusta.. Sé que he perdido tu cariño para siempre, y esa verdad sólo puede ser mi castigo...

VICTOR

¿Tu castigo? Pero ¿no ves que ni eso puedo?... Ni qué me importa a mí tu castigo, ni el suyo... Y esa verdad es la que ha podido hacerme creer por un momento que tu corazón volvía a ser mío. Y era tu astucia de mujer culpable para obligarme a aceptar de ti... lo que tú crees que no puedo aceptar de tu amante... No por lo que te importe de mí..., por lo que te importa lo que él puede pensar de ti. Pero qué poco has pensado antes que sólo por ser tú tal mujer... podía nadie creer de mí que yo era tal marido...

JULIA

No, eso no... ¿Qué me importa lo que piensen de mí? Es por ti, por ti solo. ¡Mátame, castígame como quieras!... Pero cuando me hayas castigado, piensa que he podido callar, y por mí has sabido la verdad, sólo por mí... Ya no puedo dudar que no lo sabías antes... Y tú no sabes lo que vale para mí esa verdad.

VICTOR

Pero ¿tú creías?..., ¿y él ha creído también?..., y ¡todos! Y así hubiera vivido deshonrado... No por ti; ¿qué me importa tu honra de mujer, que vale bien poco al lado de esta honra mía? ¿Entiendes? Mía... Pero ¿qué pensabas tú de mí?... Qué, ¿has podido dudarlo siquiera?

JULIA

No, yo no lo creí nunca... No lo creía..., contra todos... Como tú no creerás nunca que si has sabido por mí la verdad es porque te quería, te quería... Ya sé que no puedo decir te quiero... Esa verdad no has de creerla nunca...

VICTOR

Pudiera creerla..., por ser una perversión más de tu corazón. Ahora sabes que tú eres la única que no tienes derecho a despreciarme..., y ya que no has podido rescatar mi honra con tu dinero, la rescatas con la verdad... Pero ¡qué diferente la verdad para uno y otro!... Cuando todos sepan lo que tú eres..., sólo tú puedes saber lo que yo no he sido..., lo que todos creerán ya siempre... Ya ves lo que has hecho de mi vida, ¡mujer! Con el dinero de tu amante entre nosotros..., si matara, ¿qué pensarían de mí?... ¿Qué pensarían también si perdonara? Ven aquí, mujer, mujer mía... Ya sé la verdad, pero no es bastante... Dime tú ahora qué debo hacer..., tú debes decírmelo. Yo no soy un hombre; soy un marido.., ¡tu marido!; mi vida es tuya, mi honra es tuya... ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?...

JULIA

¡Víctor, Víctor! ¿Qué es esto? Aquí pronto. ¡Socorro!... No..., que no venga nadie, que no vean, que no sepan... ¡Víctor! ¡Víctor!

VICTOR

¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I

Carmen. Víctor duerme en un sillón. Entra *Manuel.*

MANUEL

¿Y Víctor?

CARMEN

Mira.

MANUEL

Duerme. Estaría rendido. Lleva unos días...

CARMEN

¿Arreglaste todo?

MANUEL

Sí, puede marcharse esta misma noche, como desea.

CARMEN

Yo apenas he hablado con él. ¿Qué dice? ¿Qué piensa de... de todo?... En estos días, ¿nada te ha dicho de...?

MANUEL

¿De Julia? No habla de ella; ni la más remota alusión; nada que deje suponer lo que piensa. Sólo habla de su viaje, de su nueva vida; pero como si no fuera una nueva vida, sino la vida de siempre que sigue...

CARMEN

¡Si él supiera que Julia está tan cerca!...

MANUEL

¿Cómo?

CARMEN

Sí; está aquí. Apenas saliste, llegó. Víctor no había venido todavía.

MANUEL

Pero ¿ella sabe?...

CARMEN

Sí; sabe que Víctor se marcha; sabe que estará aquí hasta ese momento. Y quiere verle, hablar con él...

MANUEL

No, ahora, no. Yo hablaré antes con él, y si es posible... ¿Quién puede saber lo que él piensa, bajo esa aparente tranquilidad, que sólo puede ser aparente? Ya se despierta.

VICTOR

¡Ah, Manuel! Pronto has vuelto. Me quedé dormido... Estaba muy cansado. Perdona, Carmen.

CARMEN

De nada. ¿Quieres tomar algo? No has almorzado nada.

VICTOR

Sí, he almorzado muy bien.

CARMEN

¿Cómo te encuentras?

VICTOR

Bien, muy bien... ¿No parece natural que me encuentre bien..., por eso me preguntas?... Pues sí, me encuentro bien y más fuerte que nunca. ¡Y tan mío, tan señor de mí mismo!

MANUEL

Aquí tienes todos tus documentos en regla.

VICTOR

Gracias. ¡Cómo te has molestado!

MANUEL

Y tus cuentas. La cantidad sobrante. Estas letras, billetes... Cuenta...

VICTOR

Gracias. Aún tengo que hacer algunas compras.

MANUEL

¿Quieres que te acompañe?

VICTOR

No, deja... Toda la mañana has andado por mí de una parte a otra... Mucho te lo agradezco. Haré que traigan aquí mi equipaje; saldré desde aquí para la estación y aquí nos despediremos..., quién sabe hasta cuándo.

CARMEN

¿Piensas que no hemos de volver a vernos? A mí ni se me ocurre pensarlo; sería muy triste... Sabes que te queremos.

VICTOR

Sí. ¿Por qué no? Hasta ahora. *(Sale.)*

ESCENA II

Carmen y Manuel.

CARMEN

Me asusta esa calma que, dices bien, sólo puede ser aparente. El, por supuesto, no ha vuelto a encontrarse con Carlos...

MANUEL

No. Ni lo ha procurado.

CARMEN

La madre de Carlos temía...

MANUEL

¿Qué? ¿Por la vida de su hijo? Menos tal vez que temió antes por su dinero... ¿Qué temía? El ridículo duelo, que hubiera avivado las hablilias de la gente. Por fortuna, Víctor no ha pensado en ello. Tiene mejor idea de su dignidad de hombre. Víctor sólo ha pensado en que todo sea... como si nada hubiera sido, en que se hable lo menos posible, en que nadie recuerde lo sucedido, en que todo se olvide. El sabe que sólo lo que está bien olvidado puede decirse que está muerto...

ESCENA III

Dichos y Julia.

JULIA

¡Eso no! Ni morir ni olvidar

MANUEL

¿Me escuchabas?

JULIA

Sí. Por eso te he respondido con toda mi alma: Ni morir ni olvidar.

MANUEL

¿Qué quieres entonces, qué esperas? Que sin olvidar perdone y con el perdón puedas hasta ser dichosa. Eso sí, eso sí crees que es posible.

JULIA

¿Dichosa? De esa dicha fácil, de esa dicha aparente que hace creer a los demás que somos felices porque nos ven alegres, ya sé que no. Pero dichosos de una dicha más nuestra, como no lo hubiéramos sido nunca si no hubiéramos sido culpables ni desgraciados..., ¿por qué no?

MANUEL

¡Ah! ¿Crees tú que ha sucedido por vuestro bien todo lo sucedido?

JULIA

No; todo ha sido por nuestro mal, por nuestra culpa. Pero ¿de qué servirían nuestras culpas y nuestros errores

si no nos enseñaran a conocernos mejor, si no sirvieran para rehacer nuestra vida, no para destrozarla para siempre? Yo no me engaño ante mi culpa. Fué la consecuencia fatal de todas las ilusiones, de todas las mentiras con que han engañado nuestra imaginación al hacernos creer que el amor y la felicidad son inseparables. Pero una felicidad que nos imaginamos como un camino de flores, por el que ha de irse siempre enlazados de las manos, sin pensar en que pueda terminarse nunca, sin cansancio, sin contrariedades, sin fastidios, sin oír ni decirse más que dulces palabras: ¿Me quieres? Te quiero. ¿Cuánto? ¿Cómo? ¡Siempre! ¡Toda la vida! ¡Toda la vida! Y aún no sabemos lo que es la vida.

MANUEL

¿La vida con su prosa, verdad? ¡La prosa de la vida! ¡Cómo les asusta y cómo maldicen de ella los que ni saben amar ni saben ser poetas! Para el verdadero cariño no puede haber desilusiones al afrontar la prosa de la vida. Para esa otra poética mentira, sí. Y es que no siempre han de estar las flores en el camino para irlas cortando a nuestro paso; es más seguro llevarlas en nuestro corazón para dejarlas caer y alegrar con ellas los caminos de aridez y asperezas. Que las rosas tengan espinas es la desilusión de los que sólo saben soñar mal; que las espinas tienen rosas es la verdad de los que saben hacer bien.

JULIA

Pues por toda esa verdad que llegó a mí, primero, como desilusiones, desengaños, tristezas que parecían insoportables y eran sólo impaciencias de chiquilla enamorada; por esa verdad, que fué después... un nuevo engaño, con todas las inquietudes de la culpa y todas las bajezas de la mentira; por toda esa verdad, que fué al fin el dolor, la deshonra, la vergüenza..., por todo eso es por lo que no me resigno, no sé resignarme a la desesperación de pensar, pensar siempre, por una eternidad, como en castigo de infierno, en lo que fué, en lo que es, en la culpa, en la vergüenza, en el dolor, en la deshonra, y así

siempre, así siempre...; pensar, pensar, pensar... Cuando todo puede rescatarse, cuando puede redimirse todo, cuando hay más vida y en esa vida, al fin, una verdad.

MANUEL

Y esa verdad tuya. ¿Es que hoy amas a tu marido como no le habías amado antes, como no le habías amado nunca? ¡Pero si esa verdad a tanta costa lograda es sólo verdad para ti!

JULIA

Ya sé que él no puede creerlo; ¿cómo ha de creer lo que yo misma no creía? Tan insensiblemente se habían alejado nuestros corazones, que ni había lugar para la acusación ni para la queja. Podíamos creernos tan indiferentes el uno al otro, que en mi falta no hubo siquiera la sombra de un remordimiento. Mía era la culpa, mías las consecuencias de mi falta...; tan desligada me creía de toda obligación, de todo deber... Y un día supe, vi que se acusaba de una infamia al hombre a quien yo no creía estimar, mucho menos querer, y ante la sospecha de todos, yo también llegué a creer en su infamia..., y sentí la indignación de que fuera posible, y con toda mi alma el deseo de que no lo fuera..., de que aquel hombre, el que yo había elegido, el que yo había amado, no fuera un hombre indigno, capaz de mancharse con la bajeza y la vergüenza de aceptarlo todo. Y por creer en él, tanto como porque los demás creyeran, no dudé en confesarle mi falta; no, no dudé, aunque me hubiera matado, aunque nos hubiera dado muerte a los dos, a mí y al que ya odiaba tanto como había creído quererle; aquel hombre que era capaz de creernos cómplices, y al creerlo, nos unía en la misma vergüenza, en la misma deshonra.

MANUEL

Víctor creyó, creerá siempre que te importaba que dudara de ti.

JULIA

Sí, lo cree, debe creerlo. Yo te juro que sólo pensé en mí al comprender que su honra y la mía eran inseparables, como debieron serlo nuestras vidas; cuando comprendí que el matrimonio es el sacramento santo que une para siempre y para todo, para la alegría y para el dolor, para la honra y para la ignominia. Y nunca me he sentido más suya que cuando comprendí que podía matarme..., por eso, por ser suya.

MANUEL

Como somos de todos. Desdichado el que pretende romper esa cadena social que a todos nos une y ante todos nos hace responsables. Por eso, sobre nuestra propia conciencia, que nos absuelve de muchas faltas que juzgamos así, como si sólo fueran nuestras y nadie pudiera pedirnos cuenta de ellas, sentimos la inquietud acusadora de otra conciencia más severa; es la conciencia social, que habla en nosotros en nombre de nosotros mismos, que en aquel momento, al acusarnos, ya somos uno de los demás. Tu conciencia, la tuya, estaba tranquila: la falta de la mujer no es deshonra para el marido, pensabas; son preocupaciones sociales, atavismos de un falso concepto del honor. No hago mal, puesto que nadie es más desgraciado por mi culpa... Y de pronto cae de rechazo sobre ti la vergüenza que por tu culpa afrenta a tu marido, y entonces quieres, deseas con toda tu alma que él sea honrado..., por eso, porque es tu marido. ¡Qué antiguallas! ¡Qué prejuicios sociales! Si tu honra no importaba a la suya..., ¿por qué te importa a ti que él sea honrado? ¿Qué tienes tú que ver con su honradez ni él con la tuya? ¿Ves cómo nunca somos tan libres, tan nuestros como nos creemos? Irrumpe nuestra voluntad de rebeldes, de emancipados, contra algo que juzgamos una preocupación social, y un día vemos que esa preocupación social es en nosotros algo más que una convicción, más que un sentimiento..., es un instinto humano. Por suerte, hay un instinto de la honradez, como todos los instintos, tan egoís-

ta, que sólo es exigente cuando se trata de la honradez de los demás, y su falta nos ofende o nos perjudica. Haya sido como haya sido, bien está que hayas visto claro en tu corazón y en tu conciencia.

JULIA

Es verdad, pero no es razón para destrozar nuestra vida, para consumirnos entre recuerdos y remordimientos... Yo no sabría vivir así, y quiero vivir, quiero vivir..

CARMEN

¿Quieres vivir? Como has vivido siempre, a tu voluntad, como tú quieras... Pero ¿no comprendes que ya no puede ser lo que tú quieres?, ¿que él no puede perdonar tan pronto...?

JULIA

Si yo no pido, no quiero que me perdone... Al contrario, quiero que mi vida sea mi expiación... Pero yo sabré expiar mi culpa de tal modo que antes que el perdón volverá el cariño, que hará el perdón innecesario. Mi vida será la que él quiera, más feliz cuanto más penosa; pero que él me vea siempre a su lado, que no pueda pensar nunca: "¿Qué será en su corazón de mi recuerdo?" Que me vea vivir, y aunque en días, en años, al espiarse en silencio nuestros pensamientos, todo lo pasado estará siempre entre nosotros, un día, un día... Por ese día yo viviré días y días penosos, ante las miradas que dirán de recuerdos tristes, ante los silencios enconados que dirán acusaciones y odio..., ante las palabras indiferentes, que en vez de descubrir esconden el pensamiento... Pero sobre esas sombras mi vida pondrá siempre la claridad de mi alma, y por ella verá al fin un día que no hay nada, nada en mi alma que no sea suyo...

MANUEL

Si, al fin, un día... Pero quizá el tiempo necesite de la ausencia para el reposo espiritual necesario al perdón, que no es nunca sincero si antes que perdón no fué olvido. Sabes que Víctor se marcha esta misma noche.

JULIA

Sí. Sé que ha desistido de todos sus proyectos.

MANUEL

¿Desistir? ¿Qué podría ya emprender? Gracias que haya podido reunir lo preciso para pagar... ¿Lo sabías?

JULIA

Sí. Sé que aceptó de ti lo que tú le ofreciste. Gracias, por mí también, Manuel.

MANUEL

Sólo aceptó mi ofrecimiento por lo urgente del caso, pero apresurándose a buscar el dinero, que ya me ha pagado.

JULIA

Sí. Sé que han sido sus hermanos.

MANUEL

Para los que supone un sacrificio, porque ya sabes que no son ricos: negociantes en pequeño que necesitan de todo su dinero disponible para manejarse. Víctor les dijo de lo que se trataba. No, no dijo toda la verdad ni a sus hermanos. Tampoco era preciso. Ya lo sabían.

JULIA

¡Oh!

MANUEL

Gracias a la delicadeza, a la discreción de algunas personas que han intervenido en este asunto..., se sabe, se comenta... Y cuando una vez hemos pensado mal de alguien, somos de tal condición, que mejor quisiéramos que él rectificara su buena conducta que nosotros nuestro mal pensamiento. Dios libre a cualquier hombre honrado de una equivocación que le lleve a la cárcel, porque aunque salga de ella absuelto y con todos los pronunciamientos favorables, ya siempre será el que estuvo en la cárcel...; lo de que fué sin culpa y salió absuelto, que lo diga él mismo, porque los demás no han de decirlo.

JULIA

De modo que ¿aun hay quien cree..., lo creen todos?.

MANUEL

No lo creen... Creer y afirmar supone algún valor... Se duda y se deja creer a los que no lo saben...

JULIA

¿Y qué vida será la suya? Sé que va de director a un centro de industrias eléctricas.

MANUEL

¿De director? No; va como un empleado más, casi un obrero, con un sueldo... para vivir pobremente. De ese sueldo aún ha de pagar a sus hermanos; así se lo ha propuesto.

JULIA

¿Y ésa va a ser su vida? ¿Qué puedes hacer tú, sin que él sepa que yo...?

MANUEL

De mí, de nosotros no aceptará nada. Quiere vivir pobremente. El también tiene de qué acusarse. La pobreza será su justificación para los demás y para él mismo.

CARMEN

Han llamado... Debe ser él. Vamos, Julia. Yo quisiera que hablarais, desearía que... Pero deja que Manuel hable antes con él, que sepamos lo que piensa... Tú no sabes. Da miedo su calma. No puede ser verdad...

JULIA

Que me oiga por última vez, y aunque sea para maldecirme..., que se acuerde siempre..., siempre.

CARMEN

Vamos. *(Salen Carmen y Julia.)*

ESCENA IV

Manuel y *Víctor,* que entra seguido de un *Criado,* que trae una maleta y varios paquetes.

VICTOR

(Al Criado.) Déjelo todo aquí. Gracias.

CRIADO

¿Manda algo más el señor?

VICTOR

Nada. Muchas gracias. *(Sale el Criado. A Manuel, señalando a los paquetes.)* Mis compras

MANUEL

¿No has olvidado nada?

VICTOR

He tenido que olvidar muchas cosas. Me pasaré sin ellas. Todo es acostumbrarse. Pero estoy contento. Tendré mi casa, la casa de un obrero..., pero cerca del mar... El mar es buen confidente y tan buen consejero...

MANUEL

Nos escribirás alguna vez.

VICTOR

Sí. ¿Por qué no?

MANUEL

Queremos saber de ti. Y si algo necesitas...

VICTOR

Gracias, gracias por todo. *(Pausa, durante la cual Victor arregla sus paquetes en la maleta.)*

MANUEL

Oye, Víctor... Perdón...

VICTOR

¿Qué quieres decirme?

MANUEL

¿Por qué finges conmigo?

VICTOR

¿Fingir? ¿Quién?

MANUEL

Esa indiferencia, esa tranquilidad que no puedes sentir.

VICTOR

¿Indiferencia? ¿Tranquilidad? No sé. Algo mejor; sí, serenidad. ¿Te parece imposible? Recuerdo..., no lo olvidaré nunca, mi primera tristeza de niño. Un día mi padre me había reprendido injustamente, sentí una amargura indecible. Por primera vez en mi vida lloré a solas, lloré para mí, sin buscar el consuelo ni el amparo de nadie, como otras veces en mis lloros pueriles. Corrí a encerrarme en mi cuarto y antes de acostarme me asomé al balcón y allí lloraba, lloraba... Era una noche hermosa, en mi angustioso llorar desconsolado, alcé al cielo los ojos llenos de lágrimas, y al través de mis lágrimas, las estrellas del cielo parecían agrandadas, cercanas, hasta entrarse por mis ojos. La luz de cada estrella, irisada por mis lágrimas, era como una tela de araña de hilos de plata y colores de pedrería. Y ya fué un juego para mí contemplarlas, y al secarse mi llanto, mis ojos seguían absortos mirando al cielo.. Y ¿qué podía pensar una criatura? Nada pensaba...; pero sentí como si toda la tristeza que angustiaba mi corazón de niño fuera a perderse en la inmensidad del cielo. Sentí..., lo que pudiera sentir el río que fué por cauce estrecho al ver de pronto abrirse a su corriente la grandeza del mar. Ahora también, como entonces de niño, pero ahora con plena conciencia, no encaucé mi dolor en la mezquindad de mí mismo, rompí el cauce y dejé que fuera a perderse en la inmensidad del dolor humano. Y en esa inmensidad no hay este dolor, no hay esta culpa, todo el dolor es uno, una es toda la culpa... Todo..., no tiene más que un nombre: la vida... Ya lo sabes. Ya puedes decírselo a todos los que se preguntarán todavía: "Pero ese hombre, ¿qué piensa?, ¿qué hace?" Esperaban, querían... el espectáculo. ¿No es eso?

Mejor si era sangriento. ¡No, eso no! Todo antes que ver a la caterva entrarse por nuestra vida, a juzgar de nuestra conducta, de nuestros sentimientos más íntimos..., a discutir sobre ello, a pelearse, como discute y pelea por sus toreros. ¡Ah! Me parece oírles: "Le digo a usted que es un hombre honrado. Le digo a usted que es un sinvergüenza. Yo le conozco bien. Le conozco mejor." Eso es lo que esperaban; les he defraudado. Sólo al pensar en todo esto, esta calma, esta serenidad ya me parece cobardía... Sí, soy muy cobarde. Somos muy miserables criaturas para juzgarnos unos a otros; para condenar, menos. Yo no hubiera podido vivir con el remordimiento de haber castigado; pero quizá toda mi vida sentiré remordimiento de no saber si el no haber castigado fué por grandeza de alma o por cobardía...

MANUEL

Buena es cualquier razón que evite lo irreparable en nuestra vida. Y dices bien: Somos muy miserables criaturas para juzgarnos unos a otros.

VICTOR

Ni yo tan egoísta que, al juzgar a los demás, no empiece por culparme a mí mismo.

MANUEL

Y ahora, Víctor, que sé, que admiro la nobleza de tu proceder, no dudo en decirte que Julia quiere verte, que está aquí y sólo espera una palabra tuya... No quiere tu perdón, sólo quiere que tú dispongas cuál ha de ser su vida..., vuestra vida, Víctor. ¿Qué dices? No niegues a esa triste criatura la esperanza de redimir su falta. ¿Qué le diré en tu nombre?

VICTOR

Que me perdone.

MANUEL

¿Puedo llamarla?... *(En el silencio de Víctor, Manuel comprende su asentimiento y sale.)*

ESCENA V

Víctor y *Julia.* (Julia cae a los pies de Víctor, sin palabras, sin lágrimas; quiere hablar y no puede.)

VICTOR

¡No..., calla! ¡Ni una palabra! ¡Silencio, silencio!

JULIA

Es verdad, sí..., silencio. Pero mírame, que yo sé que mi alma ha de asomarse a mis ojos con todo el dolor de mi vergüenza que me trae a ti como una pobre criatura desvalida, para arrastrarme a tus pies y decirte si mi vida te pesa, si te estorba, si aún puedes ser dichoso con saber que no existo, y el recordarme es sólo para maldecirme... Mírame y yo sabré leer en tus ojos, y si es mi condenación, será mi muerte, y que Dios me perdone.

VICTOR

Dios nos perdona a todos.

JULIA

Iré contigo.

VICTOR

Piensa que será otra vida: que quien viva a mi lado ha de vivir como yo, pobremente. Que nadie pueda pensar que en mi casa, conmigo, se vive de nada que no sea ganado con mi trabajo...; en una pobre casa, la casa de un trabajador...; trabajo humilde, sin más gloria ni más satisfacción que trabajar honradamente.

JULIA

Sí.

VICTOR

Que de mi trabajo aún he de pagar lo que mis hermanos, sacrificándose, pagaron por mí. *(Julia va a hablar.)* No, calla. No quiero oír lo que vas a decirme... ¡Calla! Tú no puedes ofrecerme nada. Ya eres tan pobre como yo. Tan pobre como yo.

JULIA

¡Sí!

VICTOR

Piénsalo bien. ¡Tan pobre como yo!... Y si el cariño que nos unió un día y que sólo hablaba con palabras de eternidad: "¡Para toda la vida! ¡Para siempre!", pudo engañarnos, quizá también nos engañe esta tristeza de nuestra vida que hoy nos une y que, por ser tristeza, quizá pudiera decir mejor: "¡Para toda la vida! ¡Para siempre!" No creamos en ninguna fidelidad, ni en la del cariño ni en la del dolor. Creamos sólo en nuestra lealtad para no engañarnos... Cuando nuestra vida te pese..., libre eres siempre de volver a tu vida.

JULIA

¡Nunca!

VICTOR

¡No! Sin juramentos, sin promesas... y sin recuerdos... Ni de los días felices ni de las palabras mejores. No recordemos nada. Ha de ser otra vida que empieza.

JULIA

¡Sí! ¡Otra vida! Tú lo dices por miedo a recordar. Yo lo recuerdo todo, miro frente a frente todo lo pasado, y por eso, con toda mi alma, porque siento en mí una fe y un amor como no sentí nunca, puedo decir con toda verdad: ¡Es otra vida, sí; es otra vida!

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.

2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.

3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.

4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.

5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.

7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.

8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.

9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.

10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.

11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.

12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.

13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.

14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.

15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.

16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.

17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.

18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.

19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.

20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.

21. *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.

22. *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.